

ecdótica, de los ejemplares conservados de la príncipe, privilegiando el ejemplar conservado en la Biblioteca de Cataluña, que ha sido corregido con las lecciones del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid. Se han comparado, así pues, los dos estadios de edición que se observan en los ejemplares de la príncipe. Para enmendar los lugares problemáticos, se tiene en cuenta, además, el resto de la tradición editorial antigua y moderna. Una de las aportaciones novedosas de este texto crítico lo constituye la colación completa de la versión contrahecha de 1614, que pone de relieve que no se debe en ningún caso a la intervención cervantina, y se utiliza solo en la ligera corrección de los lugares dudosos de la príncipe que la versión contrahecha de 1614 demuestra corregir con acierto. Además, se ha revisado la tradición impresa posterior, con especial atención a las ediciones de los siglos XIX y XX, así como a las objeciones que han ido recibiendo las propuestas textuales anteriores de García López. Se presenta, así pues, un texto limpio, acompañado del pertinente aparato crítico que especifica todas las ediciones empleadas y que permite seguir la historia editorial de las *Ejemplares*. La ingenue, monumental anotación a los relatos cervantinos constituye un hito en su historia editorial, así como un punto de partida absolutamente imprescindible para el estudio de la obra. En la disposición de los materiales, se siguen los criterios de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, de modo que se distinguen las notas al pie de las notas complementarias finales, que profundizan en el análisis y recogen pormenorizadamente la historia crítica de cada relato. Por todo lo apuntado, cada pequeño paso en la fijación del texto crítico de las *Novelas ejemplares* supone una contribución significativa en la dilucidación de la historia textual del corpus cervantino. Invaluable como herramienta imprescindible de trabajo para los hispanistas, pone además en mano de todos los lectores el texto de las *Novelas ejemplares* más autorizado.

PATRICIA MARÍN CEPEDA  
UNIVERSIDAD POMPEU FABRA

**Gutierre Díaz de Games. *El Victorial*. Edición de Rafael Beltrán Llavador. Madrid. Real Academia Española. 2014.**

Tanto por el proceso de composición progresiva a que obedece como por las piezas que finalmente lo arman, *El Victorial* es una de esas afortunadas obras que corresponden al esquema de libro de libros, o por mejor decirlo, constituye una miscelánea en la que se integran diversos géneros, unidos con el propósito de trazar la biografía de Pero Niño; con este fin, se sitúa al personaje en la encrucijada histórica del tiempo en el que vive –hay así un *Cuento de los Reyes*, una suerte de sumario cronístico– ajustado a los dos ejes ideológicos que conforman su vida: la caballería –hay una pieza teórica sobre esta materia– y el amor –hay un tratado erotológico sobre este orden de pensamiento–, fundidas estas dos líneas en una proclama en la que su autor, Gutierre Díaz de Games, magnifica la dimensión heroica de su biografiado, tal y como lo apunta en el cierre del proemio:

E fize dél este libro, que fabla de los sus fechos e grandes aventuras a que él se puso, así en armas como en amores: bien así como por armas fue hombre de gran ventura, así en amores fue muy valiente e bien notado (p. 63).

Le interesa incidir en estos dos aspectos para indicar, ya en el capítulo en el que refiere su casamiento con doña Constanza de Guevara, cuñada del condestable Dáva-

los, que, al contrario de tantos caballeros, reales e imaginarios, Pero Niño supo salir triunfador de todas las empresas acometidas:

E bien así como siempre dio buena fin a todos los fechos que él en armas començó, e nunca fue vencido, así en los lugares donde él amó fue amado e nunca reprehado (p. 123).

Bastarían estos dos pasajes para instigar la lectura de *El Victorial* a quienes pensarán que esta obra es simplemente una crónica particular o la biografía de un representante de la baja nobleza cuatrocenista. Y aun siendo así, estos márgenes genéricos se desbordan por la diversidad de tradiciones literarias amalgamadas y superadas. Es mucho más que un libro de caballerías, porque el rastro de las aventuras acometidas por Pero Niño se ajusta a las hazañas verdaderas acometidas por quien podía ser considerado, en términos de Martín de Riquer, uno de los más destacados “caballeros andantes españoles” del siglo xv y supera, por el reflejo de las vívidas estampas evocadas, a los tratados de la ficción sentimental, al dar cuenta de las tres aventuras amorosas a las que Niño se enfrenta, sin dejarse vencer por la pasión amorosa, manteniendo intactas sus virtudes caballerescas, al contrario de lo que les ocurriera a los apenados protagonistas de *Cárcel de amor* o de *Penitencia de amor*, Leriano y Darino, por citar sólo dos obras. Todo *El Victorial* cabe en esa síntesis enunciada con orgullo: Pero Niño nunca fue vencido ni en armas ni en amores y, gracias a ello, pudo obtener un mejoramiento social que devolvió a su linaje el prestigio perdido.

Resulta imposible, además, entender el desarrollo de la prosa del siglo xv sin *El Victorial*, puesto que todos los procesos textuales que se van a ensayar a lo largo de esta centuria tienen cabida y adquieren forma precisa en esta abigarrada colectánea narrativa, que depende tanto de la historiografía –ya se ha dicho que ha sido considerada la primera crónica particular– como de la tratadística cortesana –de nuevo, el amor asociado a la guerra– y de las líneas con que se vertebran la ficción caballerescas –el *Cuento de Bruto* y *Dorotea* con arranque en la materia de Bretaña– o la sentimental –el registro de las relaciones verdaderas que Pero Niño mantuvo a lo largo de su vida, buscando no la satisfacción del apetito sino la promoción social o el afianzamiento de unas condiciones linajísticas. Y todo ello engastado en la trama de castigos y de lecciones con que se describe su educación, siguiendo el hilo conductor de las cuadernas transcritas del *Libro de Alexandre*, más una copiosa red de avisos que depende de las numerosas lecturas de Díaz de Games, entre ellas el *Libro del conde Lucanor*, y de las glosas con que este letrado va interpretando los diferentes episodios de que da cuenta, para valorar las reacciones y respuestas de su biografiado: un hecho esencial en este complicado equilibrio de alianzas en que se pone en juego algo más que la fidelidad de los caballeros.

Todo cabe en *El Victorial* porque es un libro que se va armando a medida que su protagonista cruza diferentes escenarios curiales y se implica en campañas militares a las que fía la restauración de un honor familiar, perdido en el curso de las guerras fratricidas que dieron el trono al primer Trastámara. Ya en su madurez, al propio Pero Niño le sucedió algo similar, al intervenir en el secuestro de Juan II en Tordesillas, en 1420, en el bando del infante don Enrique, que a la postre resultó el perdedor en la larga y sostenida contienda por hacerse con el control de la corte castellana, una vez asumida la mayoría por el rey en 1419. Al igual que en las campañas marítimas y en las guerras contra los moros en que se vio implicado, en estas arriesgadas operaciones cortesanas, a Pero Niño sólo le movía la voluntad de reivindicar su linaje y de recuperar una dignidad nobiliaria que obtiene, por fin, en el momento en que es nom-

brado conde de Buelna por don Álvaro de Luna, en la jornada previa a la batalla de la Higuera en julio de 1431. Ello explica que el «memorial» de su vida, compilado por ese extraordinario escritor, llamado Gutierre Díaz de Games, escribano regio, se articulara en tres momentos distintos; el inicial tuvo que ocurrir cuando Niño regresaba a la corte en el otoño de 1406, victorioso de la flota que el rey le entregara en marzo de 1405; fue recibido con honores y nombrado caballero, pero la temprana muerte del rey truncó su ascenso social; más adelante mantuvo con Fernando de Antequera una enconada disputa a cuento de su enlace en 1409 con doña Beatriz de Portugal, una arriesgada «aventura» sentimental resuelta tanto por su esfuerzo como por el interés de la dama por su persona, y que se convirtió en uno de los fundamentos para alcanzar la promoción ansiada; debe añadirse, además, la necesidad de justificar su participación en el asalto de Tordesillas, con su huida a Aragón una vez capturado el castillo de Montánchez, más el decisivo apoyo que presta a don Álvaro de Luna contra la facción aragonésista, precisamente ayudándolo a recuperar esa misma plaza fuerte, pero ya en 1429. Con estos mimbres, se construye un repertorio de hechos en los que se entremezclan episodios militares y cortesanos que permiten seguir la difícil trayectoria que lleva a Niño de criarse junto a Enrique III, ser capitán de sus galeras y caballero investido por su mano, a verse envuelto en la grave crisis por que atraviesa Castilla no sólo durante la minoridad de Juan II, sino también durante los primeros años de su reinado, al menos hasta que don Álvaro de Luna parece garantizar una paz interna –vencido el infante don Enrique– que posibilita la reanudación la guerra contra Granada.

Articulado hoy en día *El Victorial* en cuatro secciones (proemio más tres partes), con cuatro núcleos de sentido en cada una de ellas, no debe olvidarse que se trata de una obra compuesta en momentos diversos y bastante alejados entre sí; habría, en principio, tres fechas para seguir la formación progresiva del «libro»: en 1406, se construiría el memorial de servicios de las campañas en que Niño ha participado; en 1429-1431, el relato justifica la acción de Tordesillas y posterior defensa de Montánchez, mediante el registro del socorro que presta a Luna en el mismo escenario y su intervención en la guerra de Granada, ya abatido el peligro representado por los infantes de Aragón; tal es el momento oportuno en el que puede construirse el «libro» con el complejo doctrinal de caballerías que lo abre –posible hechura de la concepción caballeresca del Condestable– y que se aplica al caso particular de Pero Niño, quien por ser estandarte de la nueva caballería de que se rodea Luna logra alcanzar la promoción al condado de Buelna; por último, ya en 1435, Niño, en su testamento, dispondría que el libro lo guardara la condesa y que se custodiara junto a sus restos en la iglesia de Cigales; en esta última fase, recoge algunos incidentes –políticos y bélicos– en que su protagonista se vería involucrado, recabando las hazañas de su hijo, el malogrado Juan Niño de Portugal, en los torneos en que participara; en esta etapa final de redacción, *El Victorial* no es ya la biografía de un personaje, sino un retablo linajístico. Lo singular de este proceso es la unidad que consigue darle Díaz de Games a lo largo de una treintena de años, recopilando materiales de muy diversa clase, referidos no sólo a su biografiado, sino a las tradiciones literarias y orales de los lugares a que lo acompañó en el curso de sus viajes, y no sólo llevando el registro de los hechos vividos, sino participando en los mismos, puesto que llegó a desempeñar el cargo de alférez bajo su mando, actuando como custodio de su bandera:

E Pero Niño dixo a Gutierre Díaz, su alférez:

-Amigo, catad: como agora oyades las trompetas, moved la bandera, e andad adelante fasta los ingleses; estad allí quedo, non vos partades den-  
de (p. 259).

Quien había participado en estas empresas, desempeñando funciones tan cruciales, bien podía reflexionar sobre el valor de la institución caballeresca y describir las penurias y calamidades a que los caballeros reales debían enfrentarse, pero también la gloria y el honor que podían recabarse por el cumplimiento escrupuloso y estricto de sus obligaciones.

Tuvo suerte, en fin, Pero Niño en contar con tan diligente escribano para fijar el rastro de sus hazañas, sin embargo tuvo que esperar hasta el último decenio del siglo xx para que, con todo el rigor filológico posible, se acometiera la empresa de desenmarañar la compleja transmisión de su libro, enhebrado a los pleitos judiciales movidos por sus descendientes hasta bien entrado en siglo xvii para reclamar parte de su herencia. *El Victorial* sólo fue editado, y parcialmente, por Eugenio de Llaguno y Amírola en 1782; las secciones que no tuvo en cuenta las publicó después L.G. Lemcke en 1862; a los cinco años, en 1867, aparece la primera traducción al francés de la obra, a cargo de los condes Albert de Circourt y Théodore Joseph Boudet, con copiosa anotación; en 1928, es vertida al inglés, sólo pasajes precisos, por Joan Evans. De este modo, debe esperarse hasta 1940 para que aparezca la primera edición completa de *El Victorial* en castellano, obra con la que Juan de Mata Carriazo inaugura su imprescindible «Colección de Crónicas Españolas», si bien se limitó a transcribir el BN Madrid Ms. 17.648 (A), el códice más lujoso pero no el más fiable; de este modo, el conjunto de la tradición manuscrita –siete testimonios, tres de ellos medievales– permaneció prácticamente sin estudiar hasta que Rafael Beltrán la involucró en su edición, junto a las soluciones dadas por los diferentes editores que le habían precedido en su labor. Ese largo y costoso proceso de investigación cuajó en una tesis doctoral presentada en 1987 en la Univ. de Valencia con el título de *Un estudio sobre la biografía medieval castellana: la realidad histórica de Pero Niño y la creación literaria de «El Victorial»*, que, al poco, propició la fijación de dos ediciones: la *minor* –y más leída– en Madrid, Taurus, 1994 y la *maior* –con todo el aparato de variantes– en Salamanca, Universidad, 1997. Veinte años después de la publicación de la primera de estas ediciones aparece esta tercera que se ajusta a las normas de la prestigiosa colección que le da acogida: la «Biblioteca clásica» que diseñara F. Rico para la Ed. Crítica ya contaba con este título entre sus 111 volúmenes y, así, encauzada ahora como «Biblioteca clásica de la Real Academia Española» aparece como el tomo ix de la misma. Valga decir, por adelantado, que durante estos veinte años, Rafael Beltrán, catedrático de literatura de la Univ. de Valencia, no ha cesado de trabajar en este texto; si antes de 1994 había publicado once estudios sobre *El Victorial* y las diferentes tradiciones y recursos literarios que testimonia, después de 1994 han aparecido otros once trabajos en los que ha seguido atendiendo a los numerosos problemas que suscita esta heterogénea obra en la que, como se ha dicho, se funden los distintos géneros y discursos que se estaban ensayando en los primeros decenios del siglo xv para registrar los hechos de la vida de un caballero singular, volcado en el sostenido empeño por alcanzar la dignidad atinente a su estado y que logra, con su esfuerzo, restaurar el prestigio de la familia.

Rafael Beltrán, por tanto, ha sido el primer crítico en tener en cuenta el complejo conjunto de la tradición textual que sobrevive; su análisis demuestra (y puede verse el *stemma* en p. 545) que del original perdido, el que tenía que depositarse junto a su tumba en Cigales, se sacaron dos copias; de la primera derivan los mss. A (BN Madrid, 17648) y B (R.A.H., 9/5112); de A, a través de una copia intermedia perdida, proceden E (R.A.H., 9/5618), F (R.A.H., 12-4-1) y G (Fund. Bartolomé March de Plama de Mallorca, 20/1/18); de la segunda de las copias del original se sacan C (B. Menéndez Pelayo,

328) y *D* (BN Madrid, 5978). Gracias, sobre todo a los mss. *B* y *C* (éste fundamental porque es ejemplar de la segunda rama) se han podido corregir múltiples errores de lectura que transmitía *A*, más lujoso –fue promovido por don Fernando Niño, patriarca de las Indias y obispo de Sigüenza– pero menos fiable; Carriazo no tuvo en cuenta *B*, que fue el utilizado por los condes de Circourt y Puymagre para su traducción, y que es una copia también ligada a los descendientes del primer conde de Buelna, pues fue instigada por otro Fernando Niño, cardenal de Roma y arzobispo de Sevilla; *C* nunca había sido utilizado por ningún editor. Como señala Beltrán, cabían dos alternativas para fijar un nuevo texto de la obra: la primera consistía en tomar como base el ms. *A* –mejorándolo con las lecciones correctas testimoniadas por *B* y por *C*–, mientras que la segunda, de mayor calado filológico, suponía crear un nuevo texto crítico partiendo de *AB* (dando prioridad a este segundo) intervenido en su *emendatio* con las variantes transmitidas por *C*. Bien advierte R. Beltrán los límites de su método, no porque sea incorrecto, sino porque resulta imposible, con los testimonios conservados, reconstruir el texto original –¿o la suma de textos ensamblados?– que saliera de la pluma de Díaz de Games, es decir, su autógrafo: «Hay que reconocer que el texto resultante en la edición es hipotético en cuanto que no coincide exactamente ni con el manuscrito *A* ni con el *B* –ni, por descontado, con el manuscrito *C*–, es decir, con ningún episodio individual de la transmisión textual», p. 546. Pero sí que se puede afirmar que se ha logrado restablecer el estadio textual más cercano al original; en el fondo, este método permite integrar lo mejor de cada uno de los tres testimonios: *A* es el más cuidado, en cuanto producto material, pero sus resoluciones gráficas no son aceptables, *B* posee una regularidad gráfica más apreciable, mientras que *C* –que contiene numerosos errores– permite discernir la lectura más adecuada tanto de *A* como de *B*. De este modo, se procede a una reconstrucción del aparato de grafías con el testimonio de *B* y se depura el ms. *A*, acudiendo a *C* en casos de discrepancia. No debe olvidarse que el texto crítico que fijara R. Beltrán y publicara en 1994 y 1997 forma parte del CORDE.

La adaptación de esta edición a la colección de la «Biblioteca clásica» ha obligado, como señala R. Beltrán, a realizar una serie de adiciones, cambios y modificaciones, pero el sistema de notas –complementado con los nuevos estudios aparecidos desde 1997– sigue dando cuenta de informaciones ligadas a tres órdenes, que son los que conforman las líneas temáticas con que se vertebran los diferentes niveles de *El Victorial*: así, hay un abundante aparato de notas históricas y geográficas que permiten seguir el curso de los viajes y las campañas de este avezado capitán de navío, que sabe desplegar las virtudes caballerescas en las operaciones bélicas marinas que dirige, ya en el Mediterráneo, ya en el Atlántico; hay notas literarias con los paralelos que permiten reconstruir el fondo de lecturas que Díaz de Games –un autor muy culto, atento a las distintas novedades que iban apareciendo en su momento– despliega con el fin de magnificar las hazañas del caballero que toma como modelo para reflexionar sobre la institución de la caballería; y queda, por último, el conjunto de notas léxicas, de especial importancia en lo que concierne al vocabulario marino.

Debe celebrarse, por tanto, la publicación de esta tercera edición, renovada y mejorada por las adiciones señaladas, enteramente necesaria, por cuanto la colección que acogiera la de 1994 ya no existe y la serie de 1997 está concebida básicamente para filólogos. En el marco de la prestigiosa «Biblioteca clásica de la Real Academia Española», *El Victorial*, con un texto que sólo podría modificar el hallazgo de un nuevo manuscrito –el original o esas copias intermedias–, se pone a disposición de todo tipo de lectores, interesados por los numerosos registros que contiene –biografía e historio-

grafía, literatura caballeresca y sentimental, castigos y sentencias, tradiciones orales y materiales legendarios, relatos hagiográficos y estampas cortesanas— y, sobre todo, ayudados por las múltiples vías de interpretación y de análisis que Rafael Beltrán ofrece. Con razón se quejaban los humanistas castellanos del olvido de las hazañas de los antiguos por falta de escritores que fueran capaces de registrarlas; en este caso, Pero Niño no sólo tuvo la fortuna de contar con un escribano de cámara, experto en lides y ducho en lecturas de toda suerte, para encargarle la construcción del «libro» en el que habría de reflejarse la historia de su linaje, sino que, pasados los siglos, ha tenido la inmensa suerte de que Rafael Beltrán aplicara, en su totalidad, las diferentes herramientas de la filología para fijar un texto crítico, definitivo, que permitiera perpetuar esa memoria de hechos y apreciar la singularidad de los diferentes niveles textuales articulados por su autor. Suma de distintas voluntades, *El Victorial* preserva, así, la memoria viva de quienes ya en el siglo xv, ya en este cambio de siglos del xx al xxi, se han preocupado por componerlo y por editarlo.

FERNANDO GÓMEZ REDONDO  
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

**Alonso Fernández de Avellaneda. *Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez. Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2014. XLVIII+420 pp.**

Cuando se conmemoran los 400 años de la aparición del *Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, puesto en circulación por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, no son muchos los trabajos que hasta la fecha pueden citarse a modo de logros de la efeméride. De hecho, la edición que ahora comento, de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez, junto con la nueva edición digital de Enrique Suárez Figaredo (*Lemir*, 18, 2014), suponen hasta la fecha la más relevante aportación pública a la celebración del centenario. De la segunda (con una introducción muy acertada, breve cuanto precisa, y con una anotación encomiable) me ocuparé en otro momento, para centrarme ahora en la primera.

Uno podría pensar que todos los ingenios de la filología hispánicas agotaron la sal de su magín en la indagación casi detectivesca que se desató a la sombra del cuarto centenario cervantino, y que, en definitiva, desembocó en un diálogo de sordos entre investigadores, empeñado cada cual en defender su tesis, como si en ello se hubiese apostado honor y fortuna; una indagación más obsesionada por desenmascarar a la persona, que se escondía bajo el supuesto seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, que por profundizar en la lectura de un texto ciertamente interesante, además de enigmático por muchas razones que, desde luego, no se reducen a la de la autoría.

El origen de aquellas pendencias, que alcanzaron su punto álgido en torno al 2005, procede (y ahora hablo como implicado en las mismas) de la excelente edición —tanto por el texto que ofrece como por el estudio que lo acompaña— de Luis Gómez Canseco (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000). El autor de aquel trabajo, lejos de reducir su interés a la cuestión pronto palpitante de la autoría, con el rigor y estilo que caracterizan todos sus trabajos enfocaba el análisis global de la textualidad y de la ideología de aquella obra que se atrevía a continuar el *Quijote* cervantino. Con buen criterio de no agotar toda la envidia de su trabajo en el desvelamiento de la autoría, Luis Gómez